go, cuenta con ejemplos incontestables. A los tres años, Wolfgang Mozart, esperimentaba el mayor placer buscando armonías en el piano. Desde entonces y durante toda su vida, fué necesario vigilarle, para que no quedara sobre su instrumento, olvidado de sí mismo. Tal era su sensibilidad auditiva, que el sonido de una trompeta le producía convulsiones. Hé aquí un ejemplo sorprendente de la íntima relación que enlaza el sentimiento artístico á la impresionabilidad. En su infancia preguntaba á cada instante á las personas que le rodeaban: «¿Me amáis?» y una respuesta negativa le afligía en extremo. Su fisonomía sumamente móvil, nunca en reposo, expresaba constantemente la pena ó el placer.

Naturalmente, su excesiva impresionabilidad, ahogó en él el razonamiento. Incapaz de gobernar sus negocios, pues se dejaba siempre dominar por el placer del momento, tuvo toda su vida necesidad de un tutor.

Hay, además, otros ejemplos análogos. Desde la mas tierna edad, la música produjo en Haydn, un placer inexplicable. Niño aún, prefería ya oir tocar un instrumento, á ir á jugar con sus camaradas. A los seis años, llevaba el compás con una admirable exactitud. A los ocho, se le vió trabajar en su clave de diez y seis á diez y ocho horas por día. Joven aún tocaba sin cesar, en un desván, sin fuego, hasta el momento en que el sueño le abatía, y, no obstante, se creía sumamente dichoso.

La infancia de los grandes pintores, particularmente la de Miguel Angel, ofrece hechos análogos con relación al dibujo y al color. Sin embargo, estos casos deben considerarse como excepciones; pues por lo general, las necesidades sensitivas son tan poco enérgicas, —el sentido genésico aparte,—que el hombre puede, á medida de su voluntad y por un tiempo indefinido, suspender la acción de los sentidos especiales sin experimentar por ello ninguna impresión penosa, ni desear vivamente ejercitarlos. Se tiene hambre y sed de alimentos, raras veces de impresiones sensitivas.

CAPITULO III

DE LAS NECESIDADES CEREBRALES

I

Las necesidades cerebrales son las que más interesa estudiar en psicología. ¿Qué es, en efecto, el hombre para el psicólogo? Un cerebro servido y alimentado por otros órganos de los cuales, normalmente, un gran número le desobedece; que, indirectamente, todos sufren su influencia.

Este asiento del ser sensible, de la conciencia y de las facultades, funciona incesantemente, como todos los órganos vivientes, excepto durante el sueño sin delirio y en ciertos casos patológicos. Mas antes de analizar, desde nuestro punto de vista, las más importantes funciones del cerebro, veamos si los antecedentes generales de la anatomía pueden guiarnos en la sistematización de los hechos cerebrales.

1.º Está perfectamente demostrado que los actos intelectuales, ó, de una manera mas general, los hechos de conciencia, están, en todo el reino animal, indisolublemente unidos á la existencia de un sistema nervioso, y que su energía es necesariamente relativa á la mayor ó menor perfección de este sistema. Sin él, no se realiza acto alguno; no se siente ninguna impresión.

Está formado por un tejido especial, del que tanto las células como las fibras son, sensiblemente, las mismas en todos los animales.

De estos dos órdenes de elementos nerviosos, células y fibras, las primeras son los centros de acción, las segundas representan simplemente el papel de conductoras. Existe en esto algo análogo á la pila eléctrica y al hilo que trasmite á lo lejos la corriente.

En todo sistema nervioso las fibras parten de las células ó terminan en ellas.

2.º Lo que dejamos dicho es aplicable á los invertebrados lo mismo que á los vertebrados; pero el estudio de los primeros prueba además que la condensación de las células nerviosas en masas considerables, como la médula espinal y el encéfalo de los animales superiores, no es indispensable á los fenómenos de conciencia. Un gran número de pequeños centros unidos por fibras formando cordones funcionan de una manera análoga. Las curiosas experiencias de Duges prueban que en este caso se puede, seccionando la cadena nerviosa ganglionar, particularmente en los insectos, romper la unidad del sistema.

Cada parte vive sin relación alguna con las otras, pero parece conservar por su propia cuenta la facultad de sentir, moverse voluntaria ó conscientemente, y hasta irritarse. Cada grupo ganglionar parcial, así formado, se convierte en un centro asimismo parcial que se basta á sí propio y posee las principales propiedades y facultades del conjunto. ¿Qué dirá á esto la orgullosa metafísica? ¡Una inteligencia que se corta á tijeretazos!

Sin embargo, aun en los mismos invertebrados, la fusión, la coalición de los ganglios va unida á un mayor desarrollo intelectual, puesto que la larva, la oruga, tienen muchos más ganglios que el insecto perfecto.

3.º En la misma serie de los vertebrados, la fusión de los centros nerviosos es tanto mas completa, cuanto más perfecto, más inteligente, sea el animal; y en el hombre, del cual vamos nosotros á ocuparnos, casi la totalidad de sus células nerviosas están condensadas en la médula espinal, el cerebelo y el cerebro.

Estas células reciben dos órdenes de fibras: unas que las enlazan á todo el organismo y otras que las unen entre sí. Habrá, por consiguiente, íntima solidaridad anatómica entre todas las partes del encéfalo, lo cual expica la estrecha simpatía que existe entre todas las facultades y hace desesperar de poder nunca localizarlas.

Los únicos departamentos encefálicos que la anatomía comparada y la embriología nos autorizan á reconocer son: el cerebelo, los tálamos ópticos, los lóbulos cerebrales y los olfativos, los que se funden en un conjunto tanto mas armónico, cuanto más elevado en la serie sea el animal, ó más desarrollado se encuentre el embrión.

Ahora bien, esta división es un débil socorro para la psicología analítica, desde el momento en que esta se aparte del terreno de los antecedentes puramente generales. En efecto; si preguntamos á la fisiología cuál es la función debida á cada una de estas partes nos dirá:

Que el cerebelo preside la coordinación de los movimientos voluntarios, quizá al sentido voluptuoso y á la generación, tal vez al sentido auditivo. (En la serie, los lóbulos del cerebro son tanto más desarrollados cuanto más perfecto es el órgano del oído).

Que los tálamos ópticos están enlazados á la visión y los lóbuos olfativos al olfato.

Faltan únicamente los hemisferios cerebrales, á los que se hace necesario atribuir en masa los hechos morales é intelectuales; es decir, que para estudiar en detalle, clasificar y analizar los hechos psicológicos, no nos queda casi otro punto de apoyo que el razonamiento.

4.º Sin embargo, la forma general del cerebro y su volumen nos suministran todavía algunos datos positivos, pudiéndose considerar como casi establecidas científicamente las proposiciones siguientes:

Existe, en la mayoría de casos, una relación directa entre el volumen del cerebro, ó mas bien, de sus hemisferios y la potencia intelectual. No obstante, la cantidad no es sino uno de los elementos del problema, y en esto el cerebro no se diferencia de los demas órganos; queda, pues, el elemento llamado propiamente vital; la calidad, que parece estar relacionada con la noción de temperamento, y de la cual nos ocuparemos extensamente en un capítulo aparte. El estudio de la forma, nos enseña además que desde el punto de vista intelectual, no todas las diversas partes del cerebro tienen la misma dignidad y que la inteligencia parece estar sobre todo en relación con los lóbulos anteriores, los lóbulos frontales; los únicos, por otra parte, claramente limitados en anatomía. En toda la serie de los vertebrados, como también en la de las razas humanas, se les ve desarrollarse más y más, levantándose el frontal á medida que crece la inteligencia. Por otra parte,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la anatomía patológica nos enseña que, generalmente, las lesiones de los lóbulos frontales perturban más ó menos la inteligencia y llegan, á menudo, á abolir la palabra (tercera circunvalación frontal izquierda, Dax, Broca, etc.).

En resumen, todo esto es de poca utilidad si se quiere estudiar minuciosamente y clasificar los actos llamados psíquicos. Se nos hace, pues, casi necesario olvidar los órganos para ocuparnos solamente de los actos, estudiándolos en nosotros mismos al par que en los demás.

II

Los hechos psicológicos, ateniéndose á la generalidad, son simples y poco numerosos. Están todos contenidos en la corta frase siguiente: *El hombre siente y piensa.* Habrá, por tanto, dos órdenes de hechos cerebrales, pasivos los unos, activos los otros. A los primeros les designaremos con el nombre de *propiedades*, á los segundos con el de *facultades*.

En las propiedades cerebrales se comprenden la *sensibilidad* y la *impresionabilidad*. La *sensación*, resultado ordinario de la acción del mundo exterior sobre los sentidos especiales, tiene por carácter ser indiferente en sí misma, es decir, no causar pena ni placer á quien la experimenta. La *impresión* se define, por el contrario, todo fenómeno pasivo agradable ó desagradable. Resulta ya sea del juego íntimo de la vida ó de las grandes funciones (malestar patológico), ya de la sobrexcitación de uno de los nervios sensitivos especiales (dolor de una herida, sabor agradable, etc.), ya de las relaciones sociales (alegrías, temores, penas morales), ya, aunque para un corto número de hombres, del juego de las fecultades intelectuales (por ejemplo, el goce del sabio estudiando la solución de un problema científico). De ahí resulta la división, tan natural, de las impresiones en: *nutritivas*, *sensitivas*, *morales* é *intelectuales*. Si la impresión moral es violenta, si conmueve todo el ser, toma el nombre de *emoción*. He ahí todo lo referente á los hechos cerebrales de orden pasivo; los hechos activos no son mucho más numerosos que los que acabamos de estudiar.

El hombre tiene la facultad de determinarse, con más ó menos espontaneidad, libremente. Sin embargo, no es nuestro ánimo abordar ahora esta cuestión, de que más adelante volveremos á ocuparnos. Libremente ó no, el hombre tiene la facultad de hacer converger, con más ó menos intensidad, todas las potencias de su ser á un fin determinado. Esta facultad es la *voluntad*, á la que llamamos *deseo* cuando es evidentemente irrazonada, ineluctable; y *pasión* cuando el deseo es tenaz y durable.

Por otra parte, el hombre, es decir, el cerebro humano, conserva huellas más ó menos profundas de los hechos cerebrales realizados, activos ó pasivos, y puede evocarlos en un momento dado. *Tiene memoria.*

Puede asimismo evocar, agrupar, separar, según su fantasía, los vestigios retenidos por la memoria y componer con ellos cuadros matizados, de formas variadas, que sin responder en conjunto á nada que realmente exista, estén compuestos por antiguos recuerdos aislados, caprichosamente reunidos. *Tiene imaginación.*

El hombre posee además la facultad de comparar hechos diversos y percibir las mil relaciones que les unen; relaciones de analogía, de semejanza, de causa á efecto, etc. *Esta facultad es el entendimiento.*

Finalmente, puede agrupar, encadenar, comparar, pesar y juzgar las series de relaciones percibidas por el entendimiento; es decir, razonar y comprender; pero la *razón* y la *inteligencia* así concebidas no son casi más que el entendimiento considerado en todos sus modos, con toda su potencia.

He aquí reunidos los hechos generales á los cuales pueden referirse todos los fenómenos psicológicos humanos.

- Hechos cerebrales ó psicológicos generales
  - Propiedades. Hechos pasivos.
    - Sensibilidad . . .
      - especial.
      - general.
    - Impresionabilidad.
      - nutritiva.
      - sensitiva.
      - moral é intelectual.
      - emoción.
  - Facultades. Hechos activos.
    - Memoria. . . .
    - Entendimiento .
      - Imaginación.
      - Razón.
      - Inteligencia.
      - } Hechos intelectuales
    - Voluntad . . .
      - Deseos.
      - Pasiones.
      - } Hechos morales.

Siendo estos hechos generales la expresión funcional de los hemisferios cerebrales, se producen necesariamente en todo hombre normalmente constituído, engendrando las necesidades cerebrales de que vamos á ocuparnos. Ahora bien; vemos por lo que antecede que la vida cerebral se manifiesta por dos órdenes de fenómenos. Hemos estudiado ya las necesidades sensitivas; la impresionabilidad, propiedad de suma importancia, lo será en un capítulo aparte; falta, pues, únicamente verificarlo respecto á las facultades, que como hemos dicho ya, se clasifican naturalmente en dos grupos. Habrá, pues, otros tantos grupos de necesidades correspondientes, á saber: *necesidades intelectuales* y *necesidades morales*.

III

Las necesidades intelectuales consisten en la impulsión instintiva, más ó menos fuertemente percibida, que nos obliga á ejercitar nuestras facultades, á combinar ideas. Siempre van enlazadas á las necesidades las impresiones correspondientes. Las que se refieren á las necesidades de que nos ocupamos, son poco fuertes: el *enojo*, en el caso en que la necesidad no sea satisfecha, ó bien un *gozo apacible*, cierto grado de excitación general, en el caso contrario.

Debe notarse que el trabajo intelectual, *resultado de la necesidad*, va ordinariamente acompañado de una afluencia de sangre hacia la cara y muy probablemente al cerebro; de un brillo particular de los ojos, de un olvido completo, momentáneo de las demás necesidades. Pero el cerebro, como todos los demás órganos, es intermitente con relación á sus funciones intelectuales. Al cabo de un tiempo dado, variable según los individuos, cuando los órganos cerebrales de la inteligencia han prodigado la dosis total de actividad de que pueden disponer, conviértense en casi incapaces, experimentándose entonces una impresión de fatiga, de atontamiento, de impotencia intelectual.

La fisiología cerebral nos dirá un día sin duda, con precisión, cuáles son los elementos nerviosos en que radican la inteligencia, la imaginación, la memoria, etcétera, y cuáles son los fenómenos vitales que acompañan el juego de estas admirables facultades. Al presente no es posible hacer acerca de tan importante punto más que conjeturas mal fundadas. No obstante, es muy posible que las células nerviosas, centros en que terminan ó de donde parten las fibras conductoras, sean el asiento de los fenómenos de conciencia, y que no puedan producirse los actos morales é intelectuales sin que tengan lugar ciertas modificaciones en el movimiento nutritivo de los elementos anatómicos del cerebro y, por consiguiente, en su circulación capilar.

«Una mujer, dice Pierquin, había perdido á consecuencia de una afección sifilítica una gran porción del cuero cabelludo, del hueso del cráneo y de la duramáter. La porción correspondiente del cerebro se veía descubierta. Cuando dormía sin soñar, el cerebro estaba inmóvil y continuaba dentro de su caja huesosa. Mas cuando estaba agitada por los sueños, el cerebro turgescente salía con ímpetu fuera del cráneo. Esta turgescencia era, evidentemente, en este caso, el resultado de una excitación vascular.»

Es una verdadera congestión; pero no de esas congestiones mecánicas que extinguen las facultades en el sanguíneo obeso y dependen de una plenitud demasiado grande del sistema circulatorio, sino una congestión análoga, por no decir semejante, á la que sigue á la ingestión de una infusión de café. Los elementos cerebrales funcionan con mayor velocidad, la corriente nutritiva material los atraviesa más rápidamente, y para subvenir á este abuso de fuerza, aquellos atraen, retienen la sangre arterial y toman de ella los materiales necesarios á su mayor vitalidad.

Naturalmente, la energía de las necesidades intelectuales es proporcional á la potencia del cerebro y, por tanto, sumamente variable. Débiles y poco aparentes en la mayor parte de individuos, privan, en algunos, sobre todas las demás necesidades. Las biografías de sabios y filósofos, particularmente las de Espinoza, Kepler, Sansimon, etc., nos suministran numerosos ejemplos de ello. Pero como estos ejemplos están generalmente desprovistos de los detalles necesarios, es preferible citar los dos hechos siguientes:

Bordas-Demoulin, enteramente absorbido por el qui-

mérico proyecto de reconciliar la iglesia y la civilización moderna, vivía absolutamente para pensar. Pasó seis años de su juventud en una horrible miseria, no teniendo á menudo más alimento que un poco de pan y azúcar. Un día, no teniendo más que algunos sueldos, olvidó los gritos del hambre para gastar en un gabinete de lectura la única cantidad que poseía; después, esperando la muerte, pasó tres días sin comer. «Pensar, dice su biógrafo, tal fué su vida, su profesión... No conocía mas pasiones que las generales, la verdad, la humanidad, Dios... Aunque de un temperamento nervioso, ardiente, ninguno de sus amigos duda que haya vivido y muerto en estado de virginidad.»

Es de sentir que no pudiera poner en ejecución la idea que muchas veces había tenido de escribir sus memorias, para avergonzar con ellas á aquellos á quienes llamaba charlatanes del pensamiento. «Les arrojaré mi vida á la cara, decía, para que aprendan en ella lo que es consagrarse á la ciencia.»

El doctor Descuret ha resumido una biografía análoga, la del húngaro Mentelli, filósofo, filólogo, matemático, más interesante aún que la precedente desde el punto de vista que nos ocupa, puesto que sin fin determinado y únicamente por el placer de leer, de aprender, de dar, en fin, satisfacción á sus necesidades intelectuales, consagró al estudio su vida entera, pareciendo no experimentar otras necesidades que aquéllas.

Vivía en París, en un retrete infecto que le habían otorgado por caridad, habiendo suprimido de sus gastos todo aquello que no era absolutamente indispensable para vivir. Estos ascendían, exceptuando la compra de libros, á siete sueldos por día, de los que empleaba tres en alimentos y cuatro en luz; ocupaba veinte horas diarias en su trabajo, el cual no interrumpía sino un día por semana, al objeto de dar una lección de matemáticas, cuyo producto le era indispensable para vivir y poder renovar sus provisiones. Agua, que él mismo iba á buscar, patatas, que hacía cocer encima de su lámpara, aceite con que alimentar ésta y pan de munición, he ahí en qué consistían sus necesidades. Por la noche dormía en una gran caja, en la cual colocaba, durante el día, sus pies envueltos en una manta de lana. Un

viejo sillón, una mesa, un cántaro, un puchero de hoja de lata, un trozo de estaño groseramente doblado que hacía las veces de lámpara, componían el resto de su ajuar. Mentelli, había suprimido el lavado suprimiendo también la toalla; era sucio como un monje italiano. Un capote de soldado, comprado en un cuartel, y que no reemplazaba sino en último extremo, un pantalón de nanquín, un casquete de piel y unos enormes zuecos costituían todo su traje. En 1814 las balas de cañón de los aliados cayendo alrededor de la habitación que ocupaba entonces, no produjeron en él la menor turbación. «¿Qué tienen de común conmigo estas balas?» respondió á la persona que intentaba persuadirle para que se alejara; «dejadlas caer y no me molestéis.» Durante la primera epidemia del cólera en París, fué preciso emplear la fuerza armada para obligar á este anacoreta científico á interrumpir sus estudios con el objeto de limpiar su infecta habitación. Vivió así treinta años, sin estar nunca enfermo, sin quejarse, en una palabra, dichoso. En fin, el 22 de Diciembre de 1836, á la edad de sesenta años, habiendo ido al Sena, como de costumbre, á renovar su provisión de agua, le resbaló el pie y cayendo al río, que venía muy crecido, se ahogó. Mentelli no dejó ninguna obra, ninguna huella de sus largas investigaciones.

Ejemplo extraño y quizá único el de Mentelli, hecho excepcional, pero que abultando, como por medio de un microscopio, la realidad, amplificando los objetos, nos los hace conocer mejor.

Esta necesidad intelectual que acabamos de ver hipertrofiada en Mentelli, existe más ó menos enérgica en todos los individuos normalmente constituídos. Si en muchos de ellos es poco aparente, consiste en que después de todo no es sino una necesidad de lujo, una eflorescencia de la vida que, para nacer y desarrollarse, necesita del silencio y de la satisfacción de las necesidades nutritivas, grande y difícil cuestión, hoy día, para la mayor parte de los hombres.

Consiste asimismo en que comunmente estas necesidades son fáciles de satisfacer, pues muy rara vez el obstáculo, este alimento del deseo, las exagera irritándolas. Dadle al sabio ó al asceta alimento y techado;

una celda y pan, y entonces sus facultades podrán crear, combinar especulaciones científicas ó místicas; y esto sin ruido, sin perturbación alguna, sin molestar á nadie, y, por consiguiente, sin trabas de ningún género.

Por eximirse, en cierto modo, del trabajo intelectual fué por lo que la India antigua creó sus castas, sabia división del trabajo que se establece naturalmente en toda sociedad completa. En todas partes hay necesidad de hombres inteligentes, los *brahaminos;* de hombres de poder, *kchattryas* para proteger la asociación; de hombres de arado, de mostrador, de artesanos, *vaycyas*, para crear los alimentos y productos, para facilitar los cambios; de mercenarios ó esclavos que ayuden humildemente á los otros y los obedezcan. Si estas castas no hubieran sido las unas el límite de las otras, habrían prestado grandes servicios. Pero el gravísimo error, que destruyó todo el sistema, fué el vincular hereditariamente en los hombres las mismas funciones y no admitir que el cerebro de un *sudra* pudiera á menudo igualarse ó sobrepujar al de un brahamino.

El fin hacia el cual debe hoy tender el progreso es que por medio de creaciones intelectuales se logre decuplicar las fuerzas físicas del hombre para aminorar otras tantas veces la clase de los *sudras* de Europa; multiplicar constantemente la rapidez de las comunicaciones, la facilidad de los cambios; rebajar el trabajo muscular en la industria y la agricultura para emancipar los *vaycyas;* agrupar en un solo conjunto las naciones para abolir completamente los *kchattryas* y reunir, en fin, todas las fuerzas intelectuales en una inmensa clase de *brahaminos* científicos, llamando y elevando sin cesar hasta ella todas las clases sociales inferiores.

IV

Además de la necesidad de pensar, el hombre dotado de una buena organización cerebral, experimenta una multitud de impresiones y emociones, que son otras tantas reacciones directas del mundo exterior, de la sociedad, sobre su organismo. La necesidad intelectual es, como hemos visto, el móvil que nos lleva á combinar ideas más ó menos abstractas. La necesidad moral es la impulsión que nos arrastra á amar, odiar, admirar,

temer, etc. Esta que se puede dividir en numerosas ramas, variables según la edad, el sexo, el individuo, es más primordial que la necesidad de pensar. Depende mucho menos que ésta de la educación y existe bastante enérgica en todos los hombres. La educación intelectual parece debilitarla, quizá porque acostumbra al cerebro á prodigar de distinto modo su actividad.

Así como las necesidades intelectuales engendran raras veces emociones fuertes, las morales, por el contrario, son causa de un gran número de impresiones agradables ó desagradables, pero ordinariamente enérgicas, según sean satisfechas ó contrariadas. La necesidad moral puede asimismo reducirse á una necesidad de impresiones, de emociones morales, grupo de hechos cerebrales que estudiaremos más adelante. Las emociones morales son aquellas que excitan en nosotros las relaciones sociales, la familia, la sociedad, la religión; entendiéndose por religión todo aquel conjunto de seres que el hombre ha concebido como existentes fuera del mundo visible y tangible; á quienes ha dotado de facultades y de pasiones, análogas á las suyas y á los que ama ó execra, pero siempre adora.

¿Qué encontramos en el fondo de estos fenómenos morales? Impresiones y emociones de un color especial. Las necesidades morales se reducen, pues, al deseo de emociones que podremos denominar sociales y que no están enlazadas sino de una manera indirecta á las necesidades nutritivas, sensitivas é intelectuales.

La forma de las necesidades morales es necesariamente variable según la edad, el sexo, la raza, la educación, etc. Sin embargo, ciertas formas se observan en la mayor parte de los hombres: la necesidad de dominar á sus semejantes, de privar sobre ellos, es decir, el orgullo; la necesidad de amarlos, sean amigos, hijos, padres, esposa, toda idea genésica aparte; la necesidad de adorar, de admirar los seres abstractos fruto de la imaginación, y adornarlos de todo aquello que al adorador le parece bello, bueno, justo, grande ó terrible, y que constituye, en una palabra, la religión.

Para ciertas personas, particularmente las mujeres, la piedad, la compasión, constituyen una verdadera necesidad.

Debe contarse asimismo con la necesidad de conservarse vivo y sin sufrimientos, denominada hasta hoy instinto de conservación, padre del egoísmo, del miedo y de la avaricia; aun cuando ésta es más bien una necesidad negativa, en el fondo de la cual únicamente se halla el temor á impresiones dolorosas; pues si bien el solo hecho de encontrarse al abrigo de todo peligro no nos produce emociones agradables, en cambio el hecho contrario nos las proporciona tan atroces, que reaccionan sobre todo nuestro ser.

Generalmente las necesidades morales son mucho más exigentes en la juventud que en la edad adulta, en ésta que en la vejez. Mucho más enérgicas en la mujer, constituyen para ella el eje de su existencia y la impedirán, probablemente siempre, luchar con el hombre en la esfera de la inteligencia.

En el terreno de las necesidades morales es en el que germinan y crecen la mayor parte de las pasiones.

¿Tienen estas necesidades un asiento anatómico particular en el cerebro? Todavía está por demostrar. No obstante, aunque el cerebro parece formar un todo cuyas partes son solidarias, puesto que las células nerviosas se comunican entre sí, los hechos anatómicos mencionados hacen presumir que las facultades intelectuales residen en los lóbulos cerebrales anteriores; nos vemos, pues, obligados á considerar reducidos á los lóbulos medios ó posteriores del cerebro, los hechos morales propiamente dichos. La unión anatómica y fisiológica de los elementos cerebrales permite, sin duda, á todas las funciones prestarse socorro mutuamente; no obstante, existe cierto antagonismo entre las necesidades morales y las intelectuales.

Generalmente lo que el hombre gana en impresionabilidad moral lo pierde en potencia intelectual é inversamente. Llevada la emoción á su más alto grado, paraliza ó poco menos las facultades intelectuales y bajo la influencia del terror, por ejemplo, el matemático más consumado es incapaz de verificar una suma. Cuando la emoción es moderada, engendra un deseo que estimula la inteligencia, pero únicamente en un sentido dado. Entonces todas las facultades y propiedades fundamentales del cerebro funcionan simultáneamente.

Pero siendo el principal objeto de este trabajo abordar el estudio de las propiamente llamadas pasiones, debemos pasar con la mayor rapidez sobre todo lo que no sea en absoluto inherente á nuestro objeto; por tanto, de entre las varias formas de necesidades morales, estudiaremos una tan sólo: la necesidad de emociones religiosas, una de las más comunes é importantes, y de la que no puede el hombre librarse sino lentamente, con mucho trabajo y con el auxilio de una larga y completa educación.

V

La tendencia á adorar seres concretos ó imaginarios, que ama ó rechaza, es una de las más constantes en el hombre, pertenezca á la raza que se quiera. Ella es á un mismo tiempo una manifestación de la necesidad de emociones y de sus necesidades intelectuales, puesto que la tendencia natural del espíritu humano á indagar la causa de los fenómenos que percibe, figura en ello como elemento importante. Por otra parte, el respectivo grado de desarrollo intelectual, es el que determina vigorosamente la forma.

Se ha dicho, con alguna razón, que las religiones eran paisajes hablados; son ante todo paisajes sentidos, reflejos morales del conjunto del cual forma parte el hombre mismo. Así, la naturaleza exuberante de la India ha producido una religión multiforme con una metafísica móvil y complicada, identificando Dios y el universo, en tanto que la aridez y uniformidad del desierto han ocasionado el monoteísmo semítico, Dios, causa del mundo y distinto del universo que ha creado.

Independientemente del conjunto en el cual vive el hombre, dos hechos cerebrales muy importantes son los factores de la idea religiosa: la impresionabilidad y la inteligencia.

Pero siendo la impresionabilidad por demás variable, según la edad, la raza, el sexo, etc., etc., la tendencia religiosa varía con ella, con la cual puede decirse que está en proporción directa. La raza blanca,

la juventud, el sexo femenino, la ignorancia, son las condiciones más favorables para su completo y enérgico desarrollo.

No es menos estrecha y necesaria la relación que existe entre la religión y el grado de potencia intelectual. El desenvolvimiento de la inteligencia depende sobre todo de la raza y el estado social. Si el Etíope hubiera vivido en la India, hubiera probado otras impresiones que el Indo las habría traducido por una religión diferente. Asimismo un francés inteligente é instruído de nuestra época, no puede tener las ideas de los Galos semibárbaros, sus antepasados de hace tres mil años.

Esto sentado, la gradación religiosa natural parece ser la siguiente:

1.° El FETICHISMO. «El hombre niño por la edad ó por la raza á que pertenezca, experimenta á la vista de un ser, de un animal, de un fenómeno natural, una impresión, una emoción fuerte, admiración ó terror, ordinariamente este último, del que guarda memoria largo tiempo. Considera el ser que le ha originado esta emoción, mucho más poderoso que es en sí, y se humilla delante de él, es decir, le adora; le ofrece presentes y sacrificios; en una palabra, le diviniza; y como en razón de su debilidad é ignorancia extrema, es sorprendido y aterrado por una multitud de seres, de fenómenos naturales, su panteón se puebla sin cesar de objetos á los que quiere ó aborrece. El ejemplo siguiente hace ver de una manera clara cómo se forman estas groseras ideas. Es uno de los primeros misioneros á la Nueva Caledonia, el padre Rougeyron, quien lo cuenta. Para protegerse contra las rapiñas de los naturales, los misioneros hicieron que les mandaran de Europa un perro, y como la Nueva Caledonia estaba enteramente desprovista de cuadrúpedos mamíferos, este animal hubo de parecer á los Nuevos Caledonios un animal prodigioso. Inspiróles un terror profundo y razonando con la lógica elemental del salvaje, resolvieron congraciarse, en lo posible, con este ser dañino y superior. Y, en efecto, cierto día le enviaron una diputación encargada de ofrecerle frutos y hacerle un largo discurso solicitando su amistad y ensalzando su

poder. Sin duda por un procedimiento análogo numerosos pueblos antiguos y modernos han llegado á la adoración de los animales. La serpiente de Ohuiddoh, el conejo de Benin, el lobo de las praderas americanas, que adoran todavía, según el abate Domenech, los Selisches y los Sahaptinos, los animales sagrados del antiguo Egipto, etc., etc., han sido deificados de esta manera.

El fetiche no es siempre un animal, pero sí un ser, un objeto tomado de la naturaleza, un árbol, una roca, una montaña, un río. Además de estos grandes fetiches, los hay también pequeños ó de menor poder, caprichosamente escogidos y puramente individuales: un trozo de madera amarilla ó roja, un diente de animal, una espina de pescado, etc., etc. O bien estos pequeños fetiches son parte del gran fetiche popular ó bien en un momento de emoción cualquiera, el negro—los fetichistas son generalmente negros—les atribuye un poder especial. Allí no existe todavía ninguna creencia en seres inmateriales, todo es generalmente concreto y visible. Es simplemente un resultado producido por una emoción fuerte y un razonamiento falso. La emoción y el razonamiento del negro adorando un animal dañino, una plaga cualquiera, y la emoción y el razonamiento del perro, que habiendo cometido una falta y creyendo que van á castigarle se arrastra á los piés de su amo, son cosas perfectamente comparables. El hombre y el animal razonan de la misma manera; cada uno de ellos se arrodilla á su modo.

Mas como el hombre tiene más inteligencia, más memoria y más imaginación, hace respecto de la emoción que ha experimentado un razonamiento un poco más complejo. Guarda por largo tiempo el recuerdo del terror experimentado y creyendo en la posibilidad de sentirlo de nuevo, busca los medios de prevenirlo. De ahí las ofrendas, las plegarias, los ídolos hechos á imagen del ser temido; se trata de un ser concreto y tangible, como sucede siempre en el verdadero fetichismo. Esta psicología es eminentemente simple, y en nada difiere de la del animal. Las facultades son las mismas, funcionan de la misma manera, únicamente que en el hombre tienen una potencia algo mayor. En ella